

ALLENDE: EL AMIGO



*Hernán Santa Cruz.
Entrevista de Mary Zager para el Archivo
Salvador Allende. 1988.*

Hernán Santa Cruz: abogado, primer embajador de Chile ante las Naciones Unidas. Junto a un sociólogo francés y un diputado haitiano fue comisionado para hacer el primer estudio sobre el apartheid, el que finalizó con una dura resolución en contra de la Unión Sudafricana. En 1958 las Naciones Unidas le encomendó la tarea de mejorar la labor de la FAO en el bienestar rural. Luego de permanecer 8 años en ese organismo, el gobierno del presidente Eduardo Frei lo nombró embajador en las Naciones Unidas y en todos los organismos internacionales con sede en Ginebra. Allí permaneció hasta 1973, al ser ratificado en sus cargos por el presidente Salvador Allende. Después del golpe militar fue elegido para dirigir el *Centro Internacional de Desarrollo*, con sede en París, donde estuvo 3 años. En 1976 la FAO lo contrató para que regresara a la *Conferencia Mundial de Reforma Agraria y Desarrollo Rural*, manteniéndose como consultor del Director General de la FAO hasta 1987. Actualmente reside en Chile y trabaja en el segundo tomo de su libro: *Cooperar o perecer, el dilema de la comunidad mundial*.

Como embajador del gobierno de la Unidad Popu-

lar consiguió la realización de la Conferencia de la UNCTAD en Chile, que tuvo lugar en 1972 bajo el lema "el mundo viene a Chile".

La amistad entre Hernán Santa Cruz y Salvador Allende comenzó en 1939. Vivían en el mismo edificio. Chile gobernado por Pedro Aguirre Cerda, era tierra de asilo para muchos latinoamericanos que se cobijaban de la opresión, mientras el resto del mundo volvía a asistir a otra Guerra Mundial. Por esos días el debate político no tenía fronteras. Vecinos y amigos eran también Luis Mandujano, Víctor Jaque y muchos exiliados peruanos y venezolanos como Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez y Rómulo Betancourt quienes se reunían a diario para discutir la unidad latinoamericana, los ramalazos de la segunda conflagración mundial y especialmente la inclusión de Chile en las Naciones Unidas. Socialistas, falangistas y liberales chilenos eran partidarios de la ruptura con el Eje. Las relaciones políticas y las personales se entrelazaban. Salvador Allende y Tencha Bussi deciden casarse ese año, los testigos son Hernán Santa Cruz y un médico de apellido Miranda. La amistad empieza a estrecharse y se ensancha hacia las respectivas familias, Salvador

Allende y Hernán Santa Cruz se transforman en compadres. Allende es padrino de Adriana Santa Cruz, y Hernán de la mayor de las hijas de Allende, Carmen Paz.

Desde su departamento, frente al parque Forestal, Hernán Santa Cruz recuerda una época y la fuerza de una amistad que fue creciendo y enriqueciéndose con los años:

-Es difícil recordar detalles, porque nos veíamos a diario, si yo hubiera visto a Salvador unas seis veces en mi vida a lo mejor podría hablarle del impacto de esos momentos. Pero comíamos juntos, salíamos con nuestras respectivas familias, nuestros hijos eran amigos...

-*¿Cuál es la valoración humana de Allende, el amigo?*

-Una de las cualidades de Salvador era su sentido de amistad y lealtad no sólo hacia sus amigos sino hacia sus principios, a sus ideas y a sus compromisos. Como amigo era muy particular, en todos esos años lo consideré mi mejor amigo, sin que la política interviniera.

-*¿Participaba de sus ideas políticas?*

-Muchas veces sí y otras no.

-*¿Esas diferencias no restaban a la amistad?*

-Nunca. Nunca me pidió ni siquiera que votara. Trabajé mucho con él en los años 39 y 40, me iba después de mi trabajo al Ministerio de Salud, cuando él era Ministro, y estaba haciendo su libro:

La realidad médico-social chilena, ahí participé con él en la Ley de Seguro Obrero y en la Ley de Accidentes del Trabajo.

-*¿Cómo era Allende en la intimidad, en confianza, tenía buen carácter?*

-Tenía un carácter ideal, era enormemente simpático. En una primera fase su actitud parecía dura y altanera, pero en su vida privada, con los amigos era de una sencillez y simpatía muy grandes y con un gran sentido del humor. Esa actitud poco simpática era más bien a primera vista, pero no era para preocuparse. Él como hombre socialista venido de Valparaíso y estando aquí en el centro de la vida chilena no quería ser mirado en menos, además era muy seguro de sí mismo.

-*¿Qué temas le gustaba conversar con sus amigos?*

-Los acontecimientos permanentes de todo orden. Nunca fue muy amigo de la literatura como para entablar conversaciones literarias. Pero le interesaban mucho los sucesos nacionales e internacionales. ¡Esa época fue muy revolucionaria en el mundo! Era el momento de los grandes cambios, de la guerra europea y la antiguerra europea en los tiempos de Hitler, luego vino el estallido de la Guerra Mundial con todo lo que sucedió después, incluyendo las repercusiones en América Latina. Además de eso, le interesaba lo que les pasaba a sus amigos, porque tenía una



auténtica preocupación por cultivar la amistad, así como una verdadera preocupación por el pueblo. Una de las más auténticas que yo he conocido y que se expresaba en grandes y pequeñas cosas. Por ejemplo, el gran sentimiento que tenía por su mamá, la mamá Rosa, esa mujer que lo crió; por algunos protegidos que tuvo durante años -algunos buenos para nada-, pero él los seguía protegiendo. Su sensibilidad social era enorme y auténtica, y ninguno de sus actos fue motivado por demagogia o fines electorales, era realmente sensible. Creo que su experiencia en la medicina le fue muy útil, porque desde que se recibió trabajó en asistencias públicas y estuvo muy cerca de la miseria humana... quería mucho a mi mujer y a mis niños, porque cuando él se casó yo ya tenía dos hijos, después íbamos nosotros a su casa y ellos venían al fondo que teníamos en Nos. Vivimos 3 años prácticamente juntos.

Al llegar Salvador Allende a la Presidencia de la República, las miradas del mundo se concentraron en este rincón del planeta que tenía ya una historia de tradiciones democráticas y culturales. Hernán Santa Cruz, embajador en Ginebra, es uno de los testigos que vivió los hechos producidos por la proyección de esa política internacional chilena. Y "el mundo vino a Chile", rezaba el lema de la reunión de la UNCTAD

celebrada en Santiago en 1972, en el edificio Gabriela Mistral, el que después del golpe militar que destruyó el Palacio de La Moneda fue ocupado como sede del régimen pinochetista con el nombre de Diego Portales.

Esa imagen internacional de su amigo el Presidente surge en el recuerdo del Embajador. Chile en los inicios de la década del 70.

-La idea de un socialismo democrático, como se planteó desde la candidatura de Allende causaba un gran impacto en Europa. La imagen internacional era impresionantemente buena y la prueba está en que tuvimos un gran apoyo europeo. Nosotros éramos un continente distinto y se despertó un gran interés por América Latina, un interés provocado ya por la elección de Allende, por eso es que cuando Estados Unidos quiso aislarnos y evitar que la UNCTAD se efectuara en Santiago, los países europeos votaron con nosotros. En ese tiempo vi a diario a Salvador, cada vez que yo venía a Chile almorzaba con él en La Moneda o en su casa de Tomás Moro. Incluso en mi último viaje, unos días antes del golpe, me llamó para que lo ayudara a organizar su participación en la reunión de los No Alineados, pero como sabemos no pudo ir, eran demasiadas sus preocupaciones en esos días.

-¿Después de tantos años qué dimensión política le asigna a Salvador Allende? ¿Cuáles fueron los rasgos que más lo distinguieron durante la conducción del proceso incluyendo ese final que lo llevó a sacrificarse personalmente?

-Repítame la pregunta, porque la respuesta no es fácil.

Le vuelvo a reiterar la misma pregunta y responde:

-Siempre fue un hombre de coraje que defendió sus ideas sin achicarse nunca. Fue un gran congresal. El número de proyectos que presentó durante su trayectoria por el Congreso fueron muchos y muy peleados por él. Tengo la más alta admiración por el proyecto que puso en marcha, y si no tuvo los resultados que debió haber tenido no fue por culpa de él. Ese proyecto se apoyaba sobre todo en mejorar la situación de los sectores más pobres de Chile y de establecer una mayor igualdad. Siempre ha existido en Chile, nunca tanto como hoy, una división más tajante entre los sectores 'altos y los más empobrecidos. Salvador quería terminar con eso. Pero creo que fue prematuro lanzarse tan a fondo en ciertos cambios para los cuales el país no estaba preparado, y él no tenía la fuerza de apoyo suficiente. Era muy difícil hacer un cambio tan grande. Además, creo que la forma en que se llevó a cabo fue más allá de lo que quería Salvador.

-¿Usted, que le conoció bien lo consideraba un marxista a ultranza o un demócrata reformista?

-Que fuera un marxista super convencido, que hubiera estudiado a fondo el marxismo como Clodomiro Almeyda, no creo. Lo que tenía era un gran sentido democrático y no cultivaba odios. Salvador, nunca pensaba en aplastar a los rivales, ni siquiera en los momentos en que tuvo más fuerza.

-¿Tenía tendencia a escuchar o a imponer?

-Escuchaba, le gustaba oír a los demás, pero cuando tenía que expresar sus ideas las decía y bien fuerte.

-¿Qué anécdotas de esa larga amistad, de más de 30 años, recuerda que lo hayan impactado en Salvador Allende el amigo?

-Nada especial, porque nuestra relación era de tal naturaleza, tan cotidiana, que resultaba muy espontánea. Contaba sus aventuras, sus gustos, era muy abierto conmigo. Cuando estuve con él, días antes del golpe, se abrió completamente conmigo... (guarda un largo silencio y prosigue). Pensé que lo iba a ver de nuevo, porque en esa oportunidad me contó del plebiscito que iba a hacer y de su convicción de que perdía y se iría. Así me dijo. Enseguida, creía que al renunciar el general Prats, algo que a Salvador le dolió mucho, vendría Pinochet a descabezar el ejército echando a los seis generales que estaban conspirando.

Hernán Santa Cruz matiza los recuerdos de esos momentos con vivencias de otras épocas, retoma la historia, habla de la reacción de Allende frente a la conspiración, pero sus respuestas tienen un dejo de reserva que van y vienen en el tiempo.

-Él tenía gran confianza en sí mismo, creía que podía resolver cualquier problema y tenía la inteligencia política para resolver. Lo que no creo es que estuviera muy concentrado en sus propios problemas. A veces le gustaba salir a navegar en ese bote a vela que parecía una cáscara de nuez, el "yate" que le inventaron sus adversarios, pero andaba por los alrededores de Algarrobo. ...si iba más lejos se hundía. De joven era un buen atleta, siempre fue increíblemente trabajador, no dormía más de 4 horas al día, ni se acostaba antes de las 2 de la mañana, jugaba ajedrez y antes de las 7 estaba llamando por teléfono a todo el mundo.

-¿Y el esposo y el padre? ¿Cómo era en su vida familiar?

-Le gustaban las celebraciones, a su cumpleaños que era el 26 de junio le llamábamos el "jubileo", porque esas fiestas duraban dos y tres días. A Tencha le tenía un gran respeto, ella es una mujer extraordinaria que demostró su calidad, todavía mucho más, después que él murió. Como padre adoraba a sus hijas, aunque siempre sintió preferencia por Tati, la mayor.

-¿Cuál fue su reacción cuando se enteró de la muerte del amigo después del golpe militar?

-Fue algo tremendo. Nunca creí que iba a ser un golpe así. Recuerdo que antes de irme de Santiago hacia Argelia, pasé a despedirme de él y me dijo: "Puchas que tengo ganas de ir a Argelia". Pero ya el avión oficial había salido con la delegación. Me pidió que le llevara una carta al Presidente Huarí Boumediene y que lo llamara desde Ginebra para ver si la entregaba yo o él podía llegar para asistir personalmente a la reunión de los países No Alineados. Lo llamé, como me había dicho, debe haber sido el día 5 de septiembre de 1973, y su respuesta fue: "No Hernán, no puedo ir, las cosas están muy graves aquí".

Esa fue la última vez que hablé con él. Lo sentí por el amigo, lo sentí por el país.